

Que nos lean y nos crean: los pilares de nuestra profesión

"Si algo ha faltado en este país es que los periodistas nos propongamos hacer con humildad un descarnado exámen autocrítico de nuestro oficio".

Rafael Santos Calderón

Don Rafael Santos Calderón, luego de recibir el título Doctorado Honoris Causa en Periodismo de la **Universidad Central**, llevó la palabra para agradecer el homenaje ofrecido por el Consejo Superior de la Institución, presidido por el Rector Jorge Enrique Molina Mariño.

De ponerme en la tarea de hacer la lista de quienes creo acreditan con más justicia títulos para merecer esta distinción tan honrosa, posiblemente no terminaría jamás. Muchos de esos periodistas están aquí presentes y muchos otros, veteranos con bastantes más guerras y años de experiencia en estas lides, merecerían ser doctores en periodismo antes que yo. Creo interpretar, sin embargo, los deseos del Consejo Superior de la **Universidad Central** cuando acogieron mi nombre para recibir el máximo grado que concede a quienes desinteresadamente le hemos prestado algún servicio al claustro. Digo desinteresadamente porque lo único que me animó en ese entonces, cuando participé en el equipo que le dió vida al plan de estudios de la Facultad de Periodismo, fue la urgencia de tender un puente entre los medios de comunicación y la academia, en momentos en que todavía no era motivo de ácida controversia el divorcio que existe entre estas dos mitades que se necesitan desesperadamente una a otra.

Creo interpretar a las directivas de la Universidad cuando de alguna manera, a través de la más importante de sus exaltaciones, quieren hacerle un reconocimiento a este periodista que lleva escasos 20 años de ejercicio; o al columnista que una vez a la semana busca

hacer mediante la crítica y sin pretensión distinta a la de servir como modesto orientador -o desorientador, dirían algunos- de la opinión pública, una contribución conceptual al país; o una distinción al periodista a quien desvela con frecuencia la manera impune como frecuentemente los medios de comunicación desbordan su función y en no pocas veces exceden los límites de lo responsable y sensato por hacer ruido o por vender más ejemplares o sintonía. Si algo ha faltado en este país es que los periodistas nos propongamos hacer con humildad un descarnado exámen autocrítico de nuestro oficio. Cuánta falta ha hecho que miremos nuestros defectos en el espejo de las realidades que ocasionalmente creamos por culpa de esa arrogante prepotencia que a veces caracteriza lo que decimos o escribimos, sin detenernos a pensar en las consecuencias.

Creo también que a través mío han querido hacerle de manera indirecta un reconocimiento a un periódico, **EL TIEMPO**, desde donde se han librado innumerables batallas en defensa de la democracia y de la libertad de expresión. Allí me he formado integralmente, como periodista, a la sombra de dos grandes maestros como son Hernando y Enrique Santos Castillo. Allí no he encontrado otra cosa que la más absoluta libertad para decir lo que pienso. Siempre, obviamente, con cordiales advertencias por parte de ellos de las imprudencias o ciertos adjetivos cargados de fuerza desmedida que a veces se cuelan en los escritos que se producen en el fragor de una polémica o en medio de las múltiples guerras que vive este país, y en las que han perdido la vida muchos colegas por opinar, investigar o acercarse demasiado a una verdad que no le conviene a alguna de esas destructoras fuerzas como son el narcotráfico y la subversión.

En muchas cosas no estamos de acuerdo y casi siempre escuchan paternalmente nuestras quejas sobre la forma como se enfocan algunas noticias o se toman ciertas posiciones editoriales. Están tan convencidos de que eso es lo que le conviene al país y a las instituciones que casi nunca dan su brazo a torcer.

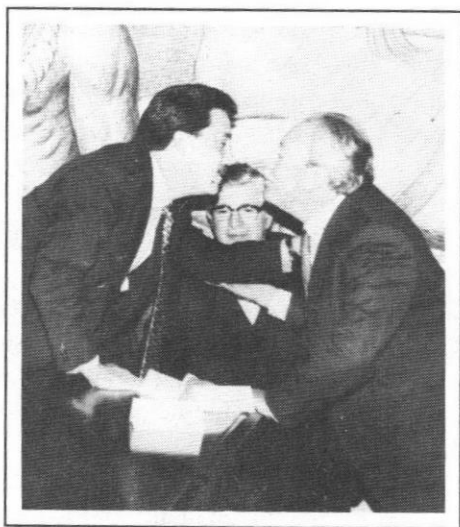
Mi generación, la que padece esa enfermedad llamada juventud, tiene otra manera de ver las cosas. Discrepamos en esa excesiva dependencia entre periódicos y partidos políticos o en el

recelo con que a veces protegen a los poderosos de turno. Hemos, sin embargo, encontrado con los viejos, como les decimos cariñosamente, una civilizada conciliación de ideas y un respeto mutuo que nunca pierde de vista que, cualquiera que sean las diferencias, siempre estarán por encima los intereses del país y de su democracia. Por eso no puedo dejar de mencionarlos. Porque es inevitable sentir que la distinción de este Doctorado Honoris Causa también se le hace a quienes son mis maestros más cercanos. De ellos he aprendido la decencia, la ecuanimidad y la transparencia con que deben llevar sus vidas quienes hemos decidido entregarnos de lleno a esta especie de servicio público apostólico que es el periodismo.

No puedo dejar de mencionar mis años en la decanatura de periodismo de la **Universidad Central**, al lado de quien siempre prestó atención a las permanentes quejas mías de que a la facultad había que enfocarla en su plan de estudios y hacer unas costosas inversiones para que algún día llegue a colocarse a la vanguardia del hoy congestionado mapa de centros de estudios de periodismo.

El rector Jorge Enrique Molina entendió

desde el comienzo que ésta no podía ser una empresa destinada al fracaso y que no podía exponerse al tradicional escepticismo con que los medios de comunicación ven los esfuerzos de los centros docentes por graduar profesionales que estén a la altura de las expectativas del mercado de trabajo. Gracias a su empeño y a su fe ciega fue que nació la facultad de la **Central**. Aún estamos lejos de que sea la cuna ideal de los periodistas que hoy, en la actual coyuntura, necesita el país pero



El gran periodista Hernando Santos Calderón, Director del Diario El Tiempo de Bogotá y padre del graduando, lo felicita efusivamente.

por lo menos el proyecto ya está caminando y hay conciencia entre sus actuales directivos de que se necesitan reajustes y revisiones permanentes para perfeccionar el molde del cual deben salir esos comunicadores que entiendan mejor la compleja realidad de esta nación y sepan interpretarla con responsabilidad y en servicio de una sociedad cada vez más pluralista y más exigente en la información que demanda.

Miro con nostalgia los años que allí pasé. Lo digo con el corazón en la mano pues ese corto período sirvió para entrar en contacto con un mundo que nada tiene que ver con lo que los medios de comunicación denominan los limbos intelectualoides de la academia y la teoría. Pude estar cerca a una masa de jóvenes con inquietudes y expectativas, la mayoría de ellos contestatarios e inconformes con el rumbo que ha tomado esta Nación. Mucho más de lo que imaginamos quienes desde los medios decimos saber qué es lo que piensan nuestros jóvenes. Tan no lo sabemos que muchas de las páginas de nuestros periódicos son la antítesis de lo que quiere esa juventud ávida por estar informada y tener cada día más elementos para tomar las decisiones cruciales de su vida. Seguimos haciendo periódicos un poco elitistas y para viejos. Ese puede ser un enfoque equivocado que a largo plazo nos puede resultar muy costoso en un país al que le aburre cada vez más la lectura y que hoy presenta unas interesantes mutaciones que no se reflejan fielmente en los contenidos de los principales diarios.

Mi tiempo en la universidad fue un verdadero oasis que me sirvió para enseñar, escuchar desprevenidamente sus inquietudes y entender qué tipo de cosas son las que hacen vibrar a una juventud que no parece contar lo suficiente en los programas de los gobiernos o los candidatos, ahora que estamos en plena campaña electoral. Debo admitir que esos años en la Central cambiaron en mucho la perspectiva que tenía de la vida y del papel que deben jugar los medios de comunicación en una sociedad polarizada, desinformada y sumida en una preocupante confusión que a veces pareciera indiferencia. La experiencia académica fue muy enriquecedora y contribuyó para que comprendiera por qué en los periódicos, y en el país en general, entendemos tan poco lo que sucede de puertas para adentro en los

claustros universitarios de un país con su sistema educativo sumido en una profunda crisis.

Pero basta de reminiscencias. Son ocasiones como ésta que hoy nos reúne, en recintos tan respetables y que invitan al reposo y a la tranquilidad como este de la Academia Colombiana de la Lengua, las que sirven de marco para unas reflexiones sobre la profesión y ciertos debates que se dan alrededor del tema. Nos brinda, además, la oportunidad de sacar esas polémicas del ring de las controversias, salpicadas de insultos y golpes bajos, o de las interpretaciones amañadas, según sea el amo al que se sirve, para colocarlas en un sitio en el que se puedan analizar sus aristas en forma desapasionada y con las espadas de los epítetos enfundadas en sus vainas.

Esto no es para volver a traer a colación la voracidad con que algunos grupos económicos han ido consolidando un poderoso imperio informativo. Es más bien para decir que los enemigos de una prensa escrita, ya consolidada a lo largo de muchísimos años, no son los conglomerados económicos o los monopolios. Es perder su credibilidad lo que constituye hoy el más inminente de los peligros. O comprometer la indispensable sintonía que debe existir entre la información que publica un periódico y los gustos y necesidades cambiantes de sus lectores. Esto último en medio de un clima de rechazo hacia la lectura. Esa apatía y el ver minada su credibilidad es más peligroso que los mismos conglomerados desbocados pues terminan por destruir dos de los pilares de nuestra profesión cuales son que nos lean y nos crean.

¿Y qué pueden hacer los periódicos para preservar esa credibilidad que es su principal activo y lo que le da fuerza de opinión y aceptación pública?

Hay que empezar por ser absolutamente transparentes con los lectores. Para ello hay instrumentos y estrategias. Y decisiones que necesitan, hacia el interior de diarios tradicionalmente en manos de familias, mucho valor y amplitud. Está la figura del ombudsman, de reciente creación en el periodismo colombiano. Tal vez aún no se concibe plenamente los beneficios que se derivan de la delicada responsabilidad que tiene de asumir la defensa de los lectores, siempre

expuestos a la calumnia, al desequilibrio o la violación de algunos de sus derechos fundamentales. Esta institución periodística, diría yo, es un mal necesario en las salas de redacción de los principales periódicos, en medio de una crisis de credibilidad por la que atraviesan los medios de comunicación del país. Estos -sería presuntuoso pensar así- no pueden ser ajenos a una situación que es universal ni a los mecanismos que se están adoptando para detener esa caída hacia el desprestigio.

Vencer el escepticismo que despierta en los lectores lo que se escribe o se dice en un periódico es uno de los grandes retos. Si a ello se suma el hecho de que con frecuencia desde los periódicos y otros medios se calumnia, se escriben inexactitudes o se pisotean la honra y la dignidad de las personas, se entiende entonces que el reto es doblemente mayor. La tutela nos ha obligado a asumir con mayor responsabilidad la tarea de informar veraz y objetivamente. Para velar por eso ha sido de vital importancia el ombudsman. Finalmente alguien, ante la cantidad de abusos que se cometen, tiene que cumplir con el desagradable papel -si se mira desde la perspectiva de los dueños de los medios- de bajarle los humos a los arrogantes periódicos, y el más satisfactorio de asumir con firmeza la defensa de los inermes lectores, que más parecen convidados de piedra en este opíparo banquete de información que se sirve todos los días con uno que otro ingrediente de ligereza e irresponsabilidad.

En un evento en Cartagena organizado por el Centro de Estudios de Periodismo de la Universidad de los Andes era fácil detectar entre los asistentes un inocultable desencanto con la manera como informa o deja de informar la prensa. Y se hacía palpable una represada ira por esa impunidad con que los periodistas a veces se dan ciertas licencias. Conocidas y explicadas sus funciones, ven en el ombudsman una luz de esperanza. Debo decir, en el caso de **EL TIEMPO**, que Felipe Zuleta, el ombudsman que tuvimos hasta hace unas semanas, gozó de la más absoluta libertad para tocar los temas que encontró pertinentes y la tónica entre las directivas, los editores y redactores para que adelantara sus investigaciones e hiciera sus pronunciamientos, fue de puertas abiertas. Estamos ahora en la tarea de conseguirle reemplazo pues los lectores no pueden quedar huérfanos y ese es, desde el día que las directivas aceptaron esa incómoda piedra

en el zapato, un compromiso del periódico en el entendido de que la relación con su público debe ser diáfana.

Desde otra perspectiva, creo profundamente que tan estrecha relación con los partidos políticos le ha hecho un inmenso daño a la credibilidad de la prensa. Sobretudo en estos tiempos -no se si para bien o para mal- en que la sociedad colombiana tiende a despolitizarse, en el sentido de no sentirse identificada con ninguno de los directorios liberales o conservadores, y a concebir la política de otra manera. No creo en la militancia política de la prensa, así en el pasado hubiese sido inevitable pues la historia nos dice que la gran mayoría de los medios impresos nacieron para defender una causa partidista. Este uno de los puntos en el que discrepamos profundamente la vieja y nueva generación que hoy cohabita en el periódico. Que en las páginas editoriales se defiendan con rabia una causa política o a un presidente o expresidentes, es una cosa pero que esa actitud se traslade a las páginas informativas es otra muy distinta. Puedo estar negando la historia y remando contra la corriente pero los periódicos se han demorado mucho tiempo en alinearse con una nueva realidad, de alguna manera precipitada por el agonizante revolcón del presidente Gaviria, cual es la de que la tradicional división entre liberales y conservadores ha cambiado y comienzan a aparecer otras corrientes y movimientos que empieza a disputarle el espacio político a las colectividades históricas. Es saludable para un sistema democrático como el colombiano que exista un bipartidismo sólido pero si esta realidad se ha modificado no es por culpa de los periódicos sino por la incapacidad del liberalismo y del conservatismo, cuando estuvieron el poder, de llenar las expectativas de un país que se ha transformado a una velocidad mucho mayor que a la que han cambiado sus estructuras unos partidos políticos todavía con un pie en el pasado y amarrados a viejos esquemas y estrategias electorales.

Y es en esta falta de sintonía con los gustos y necesidades cambiantes de los lectores donde los periódicos encuentran otra amenaza todavía más peligrosa que la que constituyen los conglomerados económicos. Los periódicos están espantando lectores y no están capturando nuevos por que tienen equivocadas sus prioridades. Hay algo que no están haciendo bien. El crítico de medios

del Washington Post Howard Kurtz, en un polémico libro "El circo de la media" en el que examina las grandes equivocaciones, omisiones y deslices que cometieron los diarios más poderosos de ese país, hizo un juicio tan severo y real que a la prensa colombiana no le sería difícil mirarse en ese espejo.

El planteamiento básico de Kurtz es que los periódicos padecen de un cáncer que se los está carcomiendo: el cáncer de la aburrición, la superficialidad y la irrelevancia. Kurtz sostiene y demuestra que los diarios han renunciado de manera imperdonable a su función de perros guardianes de la sociedad. Los lectores han terminado por desencantarse y encuentran en las páginas de nuestros periódicos informaciones que poco o nada les sirven. "Nos alucinamos -dice- con la creencia de que la mayoría de la gente está fascinada con las interioridades del gobierno y la política como estamos nosotros (la prensa)... Nos hemos convertido en aburridos proveedores de hechos, en acartonados empacadores de noticias burocráticas".

El crudo diagnóstico de Kurtz se le puede aplicar sin atenuantes a los periódicos colombianos. Dejaron de investigar, de denunciar, de dar voces de alarma en torno a hechos aberrantes y escandalosos de común ocurrencia en una sociedad enferma como la nuestra. Seguimos casados con la superficialidad y el simple registro, sin ahondar en temas que tienen enorme impacto en la vida de los colombianos. Si ese no hubiera sido el caso, si la prensa hubiera estado vigilante y hubiera ladrado duro y sin temor, acaso se hubiera evitado el apagón. O hubiera habido más culpables de los que hoy aparecen señalados. O se hubiera abortado la fuga de Pablo Escobar. Tampoco quieren percatarse los diarios de la tragedia social que implica el que clínicas, hospitales y escuelas públicas amenacen la ruina y la quiebra. ¿Dónde están los equipos de reporteros dedicados a hurgar y sacar a flote la verdad de tan apestosas anomalías? Preferimos registrar con grandes titulares las declaraciones de un candidato, ojalá el de nuestras preferencias, o el del presidente de turno lanzando una promesa o anunciando medidas que muchas veces quedan en el aire. "Cuando en alguna época -dice Kurtz- los periódicos estuvieron en el centro de la discusión nacional ahora parecen ausentes, arrogantes, como si hicieran parte de las elites gobernantes. Cuando no hace mucho los periódicos

encarnaban unos valores culturales y sociales, ahora parecen contagiados de una cultura del tabloide que se delita con el sexo, el escándalo y la frivolidad”.

Lo cierto es que nuestros periódicos parecen identificarse más con los centros de poder que cubren que con sus lectores y la sociedad de la que deben ser sus voceros. No creo cometer ninguna infidencia si comparto con ustedes las respuestas a una encuesta de lectores de periódicos sobre sus preferencias en cuanto a temas que les gustaría ver más a menudo en las páginas de los diarios. Una inmensa mayoría exige que la salud, la educación, la cultura, la ciencia y la tecnología tengan más presencia, y piden a gritos que se incremente información que sea útil a los lectores para mejorar su bienestar y para poder sobrellevar mejor la vida en un entorno hostil y carente de suficiente información que sirva para tomar decisiones. ¿Y qué tenemos? Periódicos demasiado politizados, llenos de información judicial y jurídica, y de noticias económicas. No quiere decir que no sean temas de enorme importancia sino que no hemos alcanzado el justo equilibrio que están pidiendo los lectores entre las informaciones que, de bulto, deben salir en un periódico por su importancia y trascendencia, y aquellas que llenan un enorme vacío y que en la práctica les son mucho más útiles en la vida cotidiana.

De ahí que sea imperativo mirar con cuidado el perfil del periodista que se está preparando. Las universidades juegan un papel fundamental en adaptar a los nuevos profesionales a las reglas cambiantes de un mercado de trabajo cada vez más exigente. Y en cualificar mejor a esos graduandos para que puedan cumplir a cabalidad y con responsabilidad con la misión que les ha encomendado una sociedad que, según investigaciones, no está muy conforme con la información que recibe.

Talvez he sido demasiado severo con la prensa pero soy de los que cree que en este tipo de ceremonias no hay que hablar de lo bien que estamos cumpliendo con nuestra misión sino de lo que nos falta para hacerlo todavía mejor.

Alguna vez un periodista norteamericano, cuando le

preguntaron por qué la prensa de su país era tan crítica y poco positiva, respondió que no era función de los periódicos hablar de los sitios donde hay luz sino de aquellos a donde no ha llegado. Con eso contestó todo. A la prensa se le acusa con frecuencia de ser negativa y resaltar poco y con timidez lo bueno que tiene este país. Creo más bien que lo que reflejamos es una cruda y deteriorada realidad. En ella los periódicos han sido en extremo blandos y benévulos con muchos de nuestros gobernantes por laxos, indelicados o equivocados. No se le hace un favor a la democracia cuando se afloja en la crítica y en los reparos a una gestión legislativa o de gobierno, más aún si ésta se hace con responsabilidad y desinteresadamente, pensando únicamente en los intereses colectivos. Una prensa condescendiente y equivocada al pensar que la crítica persistente pone en peligro las instituciones, no le sirve a la democracia.

Estas reflexiones desordenadas no buscan nada distinto de volver a poner en el tapete el que debe ser el eje central de un debate que se perdió en ese desagradable intercambio que se produjo sobre la conveniencia o no de que los conglomerados agreguen a sus largas listas de compras uno que otro medio de comunicación.

Una vez más debo agradecer al Consejo Directivo de la **Universidad Central** por la distinción que me ha hecho y que sirva por lo menos como pretexto para decir que me siento todavía más comprometido con mi profesión, con la que considero y consideraré mi alma mater y con la obligación que tenemos los periodistas de bajar de esa especie de nube desde la cual muchas veces pontificamos para examinar nuestras debilidades y mirar con más humildad nuestro oficio. Muchas gracias.

INDICE

Doctorado Honoris Causa en Periodismo de la Universidad Central a Don Rafael Santos Calderón <i>Isaías Peña Gutiérrez</i>	5
"Ejemplo para el periodismo colombiano" <i>Doctor César Gaviria Trujillo</i> <i>Presidente de Colombia</i>	11
"Los principios Libertarios y Democráticos en el Periodismo" <i>Doctor Jorge Enrique Molina Mariño</i> <i>Rector Universidad Central</i>	15
Resolución de la Rectoría.....	24
"Hacia un Periodismo para el Siglo XXI" <i>Fernando Barrero Cháves</i> <i>Decano Comunicación Social-Periodismo</i>	27
Que nos lean y nos crean: los pilares de nuestra profesión. <i>Rafael Santos Calderón</i>	33